

embargo, en contener esta reacción en ciertos límites.

En muchos negocios se condujeron con infinita prudencia, pues eran no obstante los primeros hombres de su siglo, los más hábiles, los más ilustrados, y aunque á la cabeza de la contrarrevolución europea, fueron más razonables que los contrarrevolucionarios alemanes, suizos, italianos, españoles y franceses. Pudiendo detener á los contrarrevolucionarios suizos lo hicieron, y no pudiendo más que dar consejos á los de España y Francia, se los dieron excelentes. En fin, escuchando cada uno la ambición de su país en el trazado de las fronteras de los Estados, dejaron no obstante en los tratados de aquella época, sobre la abolición de la esclavitud, sobre la libertad de los ríos, principios dignos de la revolución francesa, de la que, por creencia y por deber, eran encarnizados enemigos.

Ahora bien: después de haber hablado de la Europa victoriosa y de su conducta en Viena, hablemos de nosotros, de nuestro gobierno, y precisemos lo más posible el juicio que acerca de él debe formarse. Tres ocasiones se presentaron para mejorar la suerte de la Francia: el armisticio del 23 de abril, el tratado de paz del 30 de mayo, y el congreso de Viena.

Una inmensa impopularidad ha pesado y pesa aún sobre el armisticio del 23 de abril, por el cual el negociador francés abandonó de una plumada, como se ha dicho, todas las plazas de Europa con su inmenso material de guerra. Esta impopularidad cuyo peso ha llevado el conde de Artois y Mr. de Talleyrand, es en nuestro concepto inmerecida. Un grito unánime, violento, pedía la evacuación del territorio francés; grito que era del sufrimiento, de la irreflexión. Por más que hicieron, era imposible, antes de dos meses, conseguir la retirada de las tropas aliadas, y en este intervalo la paz podía firmarse y se firmó en efecto. Hubiera sido preciso diferir el armisticio hasta la paz, en lo que no había inconveniente, puesto que por todas partes había cesado la efusión de sangre, y entonces quizá hubiéramos obtenido alguna compensación por la entrega de las plazas europeas. Pero el grito que pedía la evacuación de nuestro territorio era tan natural y tan poderoso, que resistirle no se hallaba al alcance de las fuerzas humanas, y era muy excusable ceder á él. De este modo, pidiendo la evacuación de nuestro territorio, se hacía necesaria la de los territorios extranjeros que nosotros ocupábamos aún, y una de estas exigencias hacía la otra irresistible. Es verdad que abandonando á Magdeburgo, Hamburgo, el Texel, Breda y Berg-op Zoom, hubiese sido posible retener á Amberes, Luxemburgo y Maguncia. Pero si lo hubiésemos intentado, los negociadores adversarios habrían visto una segunda intención de conservar la línea del Rin, y jamás se habrían prestado á esto. Por tanto el frenético deseo de obtener la evacuación del territorio francés hacía inevitable la evacuación del territorio extranjero, y tras de esto forzosamente debía venir el armisticio del 23 de abril. El grito popular, que ha condenado este armisticio después de haberlo reclamado tanto, es, pues, absolutamente injusto, y si se quiere ser imparcial es preciso absolver al príncipe y al negociador que lo firmaron.

Pero firmado el armisticio, nada nos obligaba á tratar de la paz al momento en el mismo París, ni á añadir á la precipitación del armisticio la precipitación del tratado

definitivo. En París, nuestros adversarios estaban unidos para despojarnos; en Viena, debían dividirse para reparirse nuestros despojos. Era preciso esperar á estar en Viena para arreglar nuestra suerte; no había ni una sola razón para apresurarse, pues el armisticio había creado una situación soportable para todo el mundo. La sangre no corrió en ninguna parte; las potencias estaban en posesión de las plazas que tan ardentemente habían deseado; los prusianos tenían á Magdeburgo, los ingleses á Amberes y los alemanes á Luxemburgo y Maguncia. Nosotros nos hallábamos dentro de la línea de las fronteras de 1790; por consiguiente, el tiempo que transcurría no nos creaba obstáculos que pudieran hacernos temer. Además las potencias, no queriendo decidir sino por completo de la suerte de ninguna de ellas, no podían adoptar para nosotros un principio diferente. En fin, el tan censurado armisticio acababa de darnos trescientos mil hombres, que nos permitían tener una voluntad, y nuestra negativa al firmar había bastado para detenerlo todo. Lo que prueba la verdad de lo que aquí decimos es que los negociadores de la coalición, después de la entrega de las plazas, cesaron de ser apremiantes.

Los apremiantes éramos nosotros, primero por imprevisión, pues sólo en el consejo el general Dessoles se apercibió de la ventaja que tendríamos de llegar libres de todo compromiso á Viena; y después por impaciencia, impaciencia de firmar, de publicar y celebrar la paz, que era el título esencial, la gloria, la esplendente dicha de los Borbones; por estos dos motivos, de imprevisión y de impaciencia, es por lo que después de una falta de cautela muy perdonable, la de firmar el armisticio del 23 de abril, nosotros cometimos una segunda, ésta absolutamente imperdonable, la de concluir en París con nuestros adversarios, aún unidos, la paz de 30 de mayo, que hubiera debido pactarse en Viena con nuestros adversarios, los que seguramente debían dividirse.

Firmada la paz de París, era difícil cambiar nuestra suerte en Viena. Sin embargo, no estaba todo perdido, si no nos colocábamos con demasiada precipitación al lado de cualquiera de los dos partidos que iban á dominar la Europa, y no añadíamos á la cadena harto pesada ya del tratado de París la cadena más pesada aún de resoluciones prematuras. En efecto, nada nos apremiaba, en cuanto á la elección que debíamos hacer entre las potencias, cuya división era ya visible. Nosotros nos encontrábamos entre la Prusia y la Rusia por un lado, queriendo la Sajonia y la Polonia á toda costa, prontas casi á ceder en su hostilidad contra nosotros si accediáramos á sus deseos, y por el otro la Inglaterra y el Austria, que no tenían más que un objeto, el de arrastrarnos y disponer á la Europa entera contra nosotros. Con esta simple exposición de hechos, parece que la elección no debía ser dudosa, pues si el interés que teníamos en Dresde y en Posén era un interés europeo, el que teníamos en el Escalda, en el Rin y sobre los Alpes, era un interés exclusivamente francés. Así, pues, Sajonia en Leipsick y la Europa en París nos habían autorizado por su conducta á preferir los intereses franceses á todos los demás, y suponiendo que era preciso desconfiar igualmente de aquellas contrarias ambiciones, había una razón más para esperar, para reflexionar antes de decidirnos. Si Mr. de Talleyrand, llegando á Viena menos impaciente por hacer una elección cuyo mérito

era muy dudoso, menos solícito en profesar dogmáticamente el principio de la legitimidad, menos afanoso, en fin, por tomar parte en los grandes negocios, que no podían dejar de exigir su intervención, se hubiese contentado con decir, con la flemma desconcertante cuyo secreto poseía en tan alto grado, que la Francia, tratada sin miramientos en mayo de 1814, casi engañada, pues le habían prometido un aumento de territorio y de población que después le negaban, era libre desde entonces de no escuchar más que la voz de su conveniencia; que ella no turbaría á nadie con su ambición, pero que, cuando el mundo se viera alarmado por la ambición de otros, ella tomaría el partido que le aconsejase su política, y en seguida que hubiese esperado sin pronunciarse la solicitud de que no debía tardar en ser objeto por parte de los intereses divididos, su importancia hubiese cambiado considerablemente. Alejandro y Federico Guillermo eran tan exaltados, y se contenían tan poco, que le hubiesen ofrecido todo; y como sobre el Rin, el Escalda y los Alpes no había más que intereses ingleses ó austriacos, nos habrían concedido por este lado lo que hubiésemos querido, y sus ofrecimientos los hubieran proporcionado á nuestra lentitud.

Llevando el conflicto hasta la guerra, es indudable que nos hubieran dado una parte al menos de la orilla izquierda del Rin; pero las cosas no debían ir tan lejos: la Inglaterra y el Austria, aterrorizadas al vernos unidos á la Rusia y á la Prusia, hubieran cedido á las pretensiones de éstas, y nosotros hubiéramos obtenido, sin guerra, un resultado preferible al que prevaleció. En vez de tener á la Prusia, hubiéramos tenido á la casa de Sajonia sobre el Rin, donde ella hubiera reemplazado á unos vecinos tan afectuosos, tan cómodos y tan honrados como los electores eclesiásticos de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, y cuyas plazas están en el día ocupadas por las potencias más militares de la Confederación, la Baviera y la Prusia.

Así, lo mismo con la paz que con la guerra, nuestra suerte hubiera sido mejor: con la guerra hubiéramos podido alcanzar una frontera más ventajosa; con la paz, hubiéramos tenido á los más pacíficos vecinos, pero no fué así. El gabinete de París, sin unidad y sin previsión, no ocupándose más que de lo que directamente se hallaba á su alcance; el rey Luis XVIII, honrado pero distraído, indiferente á la política exterior, y considerando como una fatal imitación de Napoleón el mezclarse demasiado en los negocios de otros países, dejaron á Mr. de Talleyrand con toda la libertad de obrar como mejor quisiera, confiando en su habilidad, en su experiencia y en su autoridad sobre la diplomacia europea, y encontrando á los cuatro decididos á hacerlo todo entre ellos, se irritó tanto por esta pretensión, y se vió tan halagado al mismo tiempo por las demostraciones de los príncipes alemanes de segundo orden, que no vaciló: se puso á la cabeza de estas pequeñas cortes, se convirtió en defensor de la Sajonia, se puso al lado del Austria y la Inglaterra, que estaban irrevocablemente resueltas á encerrarnos en el tratado de París, contra la Rusia y la Prusia, que estaban dispuestas á mejorar nuestra suerte, y declaró que la Francia no quería nada para sí, nada más que el triunfo de los principios; es decir, de la legitimidad.

Desde entonces no pudo hacer nada útil, nada pro-

vechoso. No cabe duda de que la compañía del Austria y de la Inglaterra era excelente, por más que la de Rusia y Prusia no fuera de desdenar; pero lo que podíamos alcanzar de más precioso con esta alianza era ponernos mal con los prusianos y rusos; para que el Austria consiguiese toda la Italia, y la Inglaterra se apoderase de Malta, Corfú, el Cabo y la isla de Francia; para que los reinos de los Países Bajos y el Piamonte se quedaran como grandes fortalezas á nuestras puertas; para que la Prusia y el Austria, separadas por la Sajonia, fueran menos rivales; para que la Alemania estuviese á más distancia de la Rusia, y si éramos nosotros vencedores por cuenta de nuestros soberanos, quedar encerrados en los tratados de 1815. Es verdad que, en vista de estos resultados, no valía la pena arriesgarse tan pronto á adquirir los beneficios de la paz tan recientemente restablecida.

No es esto todo: aun tomando este partido, que seguramente no era el mejor, era preciso, de todos modos, no apresurarse tanto á ofrecer nuestros socorros, y esperar al menos que nos los pidieran; pero Mr. de Talleyrand, herido en lo más sensible, cometió la falta que le era menos habitual, la falta de precipitación. Ciertamente si hubiese sabido esperar hubiera sido admitido en todo, considerado en todo lo que valía la Francia; pero en vez de ser el solicitado, fué el solicitante, y concediendo el socorro de ciento cincuenta mil franceses, aceptó el papel de deudor en vez de desempeñar el de acreedor, y consintió, en caso de guerra, en la incalificable condición de quedar bajo la ley del tratado de París. En su impaciencia de ser alguna cosa al lado de las grandes potencias, hasta se olvidó de estipular la expulsión de Murat, único negocio que interesaba vivamente á Luis XVIII, y si Murat no hubiese por sí mismo proporcionado la solución que costaba tanto hallar, hubiera salido de Viena sin haberla encontrado. Negociador incomparable, lleno de dignidad, de altivez, de oportunidad, cuando se trataba de reprimir el vuelo de vencedores insolentes, pero político menos previsor que hábil negociador, Mr. de Talleyrand cometió la falta, después de haber firmado demasiado pronto la paz de París, de afiliarse demasiado pronto á un partido en Viena, partido tomado en favor de potencias de las que nada podíamos esperar, contra aquéllas de quienes podíamos esperar alguna mejora, y escogiendo así sus aliados, no reservándose más que el honor de servirlos gratuitamente, por el triunfo de lo que llamaba el principio de la legitimidad. Sin duda que si, en tiempos ordinarios, en un orden de cosas regulares, en medio de la Europa tranquila, donde cada príncipe hubiese hallado su lugar marcado por el tiempo y los tratados, se nos hubiera propuesto suprimir un reino como la Sajonia, aun con grandes ventajas para la Francia, la justicia y la verdadera política hubieran debido conducirnos á oponernos á esto, pues todo desquiciamiento que no es inevitable, toda deposición que no está ordenada por la equidad ó por la marcha irresistible del tiempo, es inhumana, imprudente y peligrosa, y Mr. de Talleyrand, sosteniendo á la Sajonia, hubiese defendido á la vez la causa del buen derecho y de la verdadera política.

Pero en medio del naufragio del antiguo mundo, en un momento en que no estaba marcada la suerte de ningún Estado, y en el que cada uno buscaba el medio

de enriquecerse con los despojos de la Francia; en un momento en que las potencias del continente, después de haber devorado á la Polonia, no sentían escrúpulo en devorar aún á Venecia y Génova, á los pueblos libres, á los príncipes mediatos de la Alemania; en el que la Inglaterra invadía todas las posesiones marítimas del globo, y en el que los mismos pequeños Estados no se mostraban menos ávidos que los grandes; en una palabra, en un momento en que cada uno pensaba no más que en su propio interés, era muy justo que la Francia pensara en sí, y no en la conservación del Estado alemán, que á otros interesaba más que á ella, y que había perdido todos sus títulos á nuestra protección. En otros tiempos, defender á la Sajonia hubiera sido la política no sólo la más generosa, sino la más hábil; en una época en la que todos los derechos establecidos habían sucumbido con los tratados en una espantosa guerra de veintidós años, en la que todos los derechos iban á crearse de nuevo, Mr. de Talleyrand olvidó demasiado á la Francia por la Sajonia, y su conducta incomprensible se explica por su impaciencia en representar un papel, y en profesar un principio que las potencias no podían admitir formalmente, pues los diplomáticos austriaco, inglés y francés, que tan ardentemente lo defendían en Dresde, lo sacrificaban en Venecia, en Génova, en Malta, en Stockolmo y en cien principados alemanes.

Así, dos veces en dos años se decidió la suerte de la Francia por los más frívolos motivos. En Praga, en 1813, Napoleón, pudiendo conservar á la Francia con

toda su grandeza, no lo hizo, cegado por una insensata ambición. En 1814, los Borbones, pudiendo recobrar algunas partículas de nuestro perdido esplendor, dejaron pasar la ocasión, por la impaciencia de publicar la paz de la que hacían su título principal al aprecio público, por falta de atención y experiencia, por deseo de profesar y de consentir que profesasen en Viena un principio que agradaba al orgullo de su raza. ¡Triste suerte la de nuestro país, siempre entregado á merced de los vientos de la revolución, dependiendo unas veces de la locura de un hombre y otras del desacierto de un partido! Por fortuna la grandeza material no es el complemento de una nación, y la Francia, gracias á su importancia moral, ha recuperado el papel que la hicieron perder los acontecimientos; pero al considerar los aflictivos espectáculos que acabamos de describir, no podemos menos de manifestar los deseos que abrigamos de ver crearse en Francia una verdadera política de orden y de gobierno, que sin estar movida por los intereses de una dinastía ó de un partido, sin ceder al impulso de las circunstancias, sin una afición exclusiva en favor de la paz ó de la guerra, sin una preocupación egoísta en una palabra, y guiada por la razón de Estado, dirija los negocios del país, encaminándolos por la vía de su seguridad y de su esplendor. ¡Quiera Dios concedernos este sacrificio! Entonces alcanzará la Francia lo que nunca ha alcanzado, al menos de una manera durable: una suerte proporcionada á su inteligencia, á su valor y á la preciosa sangre que han vertido sus hijos.

## LIBRO QUINCUGÉSIMO SÉPTIMO

### LA ISLA DE ELBA

Permanencia de lord Castlereagh en París. — Logra que Luis XVIII conceda el ducado de Parma á María Luisa, y promete en cambio al monarca francés la expulsión de Murat. — Austria envía cien mil hombres á Italia, y Francia treinta mil al Delfinado. — Situación interior de la Francia; aumento de inquietudes en los poseedores de bienes nacionales, é irritación de los militares. — Descubrimiento de los restos de Luis XVI, y ceremonia fúnebre del 21 de enero. — Reorganización de la magistratura, y reemplazos de Mr. Muraine por Mr. de Seze, y de Mr. Merlin por Mr. Mourre. — Alboroto popular con motivo de los funerales de la señorita Raucourt. — Continuación de la sumaria del general Exelmáns. — Este general sale libre. — El ejército francés se dispone, por la primera vez, á intervenir en la política. — Algunos jóvenes generales forman el proyecto de echar por tierra á los Borbones. — Complot de los hermanos Lallemand y de Lefebvre-Desnoettes. — Los grandes personajes del imperio manifiestan la repugnancia que les cuesta tomar parte en semejantes empresas. — Mr. Fouché, menos escrupuloso, se convierte en el foco de todas las intrigas. — Mr. de Basano, que hasta entonces no se había puesto en comunicación con la isla de Elba, encarga á Mr. Fleury de Chaboulón que dé cuenta á Napoleón de lo que pasa, sin atreverse á añadir á estos detalles ningún consejo. — Residencia de Napoleón en la isla de Elba, y su modo de vivir en ella. — Organización de su pequeño ejército y de su reducida marina. — Lo que hacía en favor de la prosperidad de la isla. — Estado de su hacienda. — Imposibilidad en que se hallaba Napoleón de sostener más de dos años las tropas que había llevado en su compañía. — Esta circunstancia y las noticias que recibe del continente le impulsan á no permanecer en la isla de Elba. — Su reconciliación con Murat y los consejos que le da. — Napoleón sabe, á principios del año 1815, que los soberanos reunidos en Viena van á separarse, que tratan de deportarle á Ultramar, y que los partidos se hallan en Francia en el último grado de exasperación. — De pronto se resuelve á abandonar la isla de Elba, antes que á las largas noches favorables para su evasión sucedan los días largos. — La llegada de Mr. Fleury de Chaboulón le acaba de decidir á tomar esta resolución. — Preparativos secretos de su empresa, cuya ejecución debe llevarse á cabo el 26 de febrero. — Su último mensaje á Murat, y su embarque el 26 de febrero por la noche. — Diversas circunstancias de su navegación. — Desembarque en el golfo Juan, el 1.º de marzo. — Sorpresa é incertidumbre de los habitantes de la costa. — Tentativa fallida en Antibes. — Estancia de algunas horas en Cannas. — No tiene más remedio que escoger uno de los dos caminos que se le presentan, el de las montañas, que conduce á Grenoble, ó el del litoral, que conduce á Marsella. — Napoleón se decide por el primero, y al escogerle, asegura el éxito de su empresa. — Salida el 1.º de marzo por la noche para Grasse. — Marcha penosa y larga á través de las montañas. — Llegada á Sisterón, en el segundo día. — Motivos por los cuales no se hallaba esta plaza custodiada. — Ocupación de Sisterón, y marcha contra Gap. — Lo que sucedía por entonces en Grenoble. — Disposiciones de la nobleza, de la clase media, del pueblo y de los militares. — Resolución del prefecto y de los generales de cumplir su deber. — Envío de tropas á La Mure, para impedir el tránsito por el camino de Grenoble. — Napoleón después de pasar á Gap, se dirige hacia Grenoble, y encuentra en La Mure al batallón del 5.º de línea enviado para detenerle. — Se presenta delante de la vanguardia del batallón, y descubre su pecho á los soldados del 5.º. — Estos responden á su acción con el grito de *¡Viva el emperador!* y se precipitan á ponerse á las órdenes de Napoleón. — Después de este primer triunfo, continúa Napoleón su marcha hacia Grenoble. — En el camino encuentra al 7.º de línea, mandado por el coronel de La Bedoyere, quien se rinde á él. — Aquella misma noche llega delante de Grenoble. — Estando las puertas cerradas, el pueblo las echa abajo y las abre á Napoleón. — Lenguaje pacífico y liberal con que habla á todas las autoridades civiles y militares. — Napoleón permanece el 8 en Grenoble, enviando hacia Lyon las tropas de que se ha apoderado, que componen un número de cerca de ocho mil hombres. — El 9 se dirige él mismo hacia Lyon. — La noticia de su desembarco llega á París el 5 de marzo. — Efecto que produce. — Se hace marchar al conde de Artois con el duque de Orleans á Lyon; al mariscal Ney á Besanzón; al duque de Borbón á la Vendée, y al duque de Angulema á Nimes y á Marsella. — Convocación inmediata de las cámaras. — Inquietud de la clase media, y profundo pesar de los hombres ilustrados, que preven las consecuencias de la vuelta de Napoleón. — Los realistas moderados, y á su cabeza MM. Lainé y de Montesquiou, desearían ponerse de acuerdo con el partido constitucional, modificando el ministerio y los cuerpos del Estado en favor de las opiniones liberales. — Los realistas ardientes, por el contrario, no ven en las desgracias que suceden más que faltas de debilidad, y no quieren hacer ninguna concesión. — Luis XVIII, poseído de una extremada indecisión, no toma ningún partido. — Continuación de los sucesos entre Grenoble y Lyon. — Llegada del conde de Artois á Lyon. — Es recibido con frialdad por la población, y con malevolencia por las tropas. — Vanos esfuerzos del mariscal Macdonald para obligar á los militares de todas graduaciones á que cumplan su deber. — El aspecto de las cosas llega á ser tan alarmante, que el mariscal Macdonald hace al conde de Artois y al duque de Orleans que se vuelvan á París. — Sólo cuenta con su persona para organizar la resistencia. — Al presentarse el 10 de marzo por la tarde delante del puente de la Guillotiere la vanguardia de Napoleón, los soldados que defienden el puente gritan *¡Viva el emperador!*, abren la ciudad á las tropas imperiales, y tratan de apoderarse del mariscal Macdonald para reconciliarle con Napoleón. — El mariscal emprende la fuga, con el fin de no faltar á su deber. — Entrada triunfal de Napoleón en Lyon. — Lo mismo que en Grenoble, se esfuerza en persuadir á todo el mundo de que desea la paz y la libertad. — Decretos que promulga: para disolver las cámaras, para convocar el cuerpo electoral en el Campo de Mayo en París, y para asegurar, tomando diversas medidas, el éxito de su empresa. — Después de haber permanecido en Lyon el tiempo indispensablemente necesario, parte el 13 por la mañana, dirigiéndose hacia Borgoña. — Acogida entusiasta que le dispensan los habitantes de Macon y de Chalons. — Mensaje del gran mariscal Bertrand al mariscal Ney. — Este último se propone sinceramente cumplir su deber, pero se halla apurado en medio de las poblaciones y de las tropas que, movidas por un impulso irresistible, corren á ponerse á las órdenes de Napoleón. — El mariscal Ney lucha dos días enteros, y viendo insurreccionarse en torno suyo á las ciudades y á las tropas, cede al torrente de la opinión y se reúne con el emperador. — Marcha triunfal de Napoleón á través de la Borgoña. — Su llegada á Auxerre el 17 de marzo. — Proyecto de detenerse dos días en este sitio, para concentrar en él sus tropas y avanzar militarmente hacia París. — Situación de la capital durante estos últimos días. — Habiendo fracasado los esfuerzos hechos por los realistas moderados, para ponerse de acuerdo con el partido constitucional, sólo se cambian el ministro de la Guerra, de quien desconfían, y el director de Policía, á quien no creen con suficientes luces para